

Índice

Nota al lector.....	11
Reconocimiento.....	13
Prólogo	15
I. Los primeros años en la España de la gran crisis	
bélica.....	19
II. El exilio, el regreso y los estudios en España.....	33
III. Escritor independiente y el amor en Madrid	47
IV. La poesía. <i>El Pobrecito Hablador</i>	73
V. Autor y crítico teatral	109
VI. Redactor en <i>La Revista Española</i>	121
VII. El Romanticismo y la pasión: <i>El conde Fernán</i> <i>González, Macías, El doncel de don Enrique el Doliente</i>	145
VIII. Viaje a Europa: la libertad y una deuda pendiente	175
IX. Ilusión inicial y desesperanza política y vital	209
X. El final.....	243
<i>Apéndices</i>	
1. Cronología de la época.....	271
2. Genealogía	273
3. Estudios de Larra.....	283
4. Poemario.....	289
5. Documentación sobre la candidatura de Larra al Estamento de Diputados por la provincia de Ávila.....	291
6. Ideario y fraseología	365
7. Itinerario madrileño	399
8. Bibliografía	407
Índice onomástico.....	409
Índice de publicaciones	431
	439

Nota al lector

En los escritos procedentes de manuscritos que se incluyen en esta obra, y con la finalidad de dar a conocer los usos de la época, siempre que no se impida la comprensión del texto, se mantiene la ortografía original, como pueden ser la acentuación del pronombre «a», invariablemente acentuada, y los sustantivos «mujer» o «extranjero», escritos con «g». El signo (?) significa que es ilegible o no existen la palabra o palabras.

Reconocimiento

Este volumen no hubiera sido el mismo, y hubiera quedado incompleto, sin la ayuda que hemos encontrado en los trabajos realizados por estudiosos de Mariano José de Larra, como Carmen de Burgos, José Escobar, E. H. Espelt, David T. Gies, Susan Kirkpatrick, Fernando José de Larra, Gregorio C. Martín, Alejandro Pérez Vidal, Leonardo Romero Tobar, Aristide Rumeau, Carlos Seco Serrano, F. C. Tarr, Pierre L. Ullman y José Luis Varela. Quede constancia de mi deuda con ellos.

También deseo agradecer su amabilidad y colaboración a los responsables de los archivos consultados en la Biblioteca Nacional y en las parroquias de San Andrés, San Sebastián, San Ginés, Santiago y San Juan y Santa María la Real de la Almudena, así como en el Archivo Histórico Diocesano.

No puedo menos que agradecer con cariño la aportación que, con sus manuscritos y conocimiento, ha hecho otra descendiente de Larra, Paloma Barrios Gullón.

Prólogo

Desde que tuve uso de razón percibí cómo el espíritu de *Fígaro* estaba presente de alguna manera en el ambiente familiar. Mi abuelo, Fernando José de Larra y Larra, biznieto por línea materna y sobrino por la paterna de Mariano José (al ser hijo de María de Larra Ossorio y de Ángel de Larra Cerezo, nieta y primo hermano de *Fígaro*, respectivamente), fue quien transmitió, desde su vocación literaria, el espíritu de Mariano José entre nosotros. Mariano y Luis, hermanos de María, fueron los otros nietos que tuvo Mariano José de su hijo Luis Mariano. Luis tuvo un hijo, Carlos de Larra Gullón, dramaturgo y afamado crítico taurino con el seudónimo de *Curro Meloja*. Ellos, Fernando y Carlos, supieron mantener la admiración y el cariño hacia nuestro insigne antepasado y transmitirnos a Paloma Barrios Gullón y a mí el legado de algunos de sus manuscritos y objetos personales, muchos de los cuales están digitalizados en la biblioteca virtual Miguel de Cervantes.

Se han escrito muchos libros y artículos sobre Larra y casi todos con reconocimiento de su obra y comprensión de su forma romántica de afrontar la vida. Algunos de ellos son apasionados, como las biografías de su tío Eugenio y de su biznieto Fernando José, y también el libro de Carmen de Burgos, *Colombine*, otros, los menos, no han sabido encontrar todo el valor de su obra o, habiéndola encontrado, han dado demasiada importancia a la vida atormentada del suicida.

Con motivo del bicentenario del nacimiento de *Fígaro*, la publicación de un libro en el que se refleje su vida y su obra, desde la perspectiva de uno de sus descendientes, pretende ser un homenaje que permita exaltar la obra y la vida de este ilustre escritor español amante de la libertad y de la justicia para su patria, convencido

europeo, adelantado generador de ideas, maestro del periodismo y excelso prosista. A la vez, aspira a mantener vivo entre nosotros, los Larra, y de manera especial entre las nuevas generaciones de la familia, el cariño y la admiración que hemos heredado.

La globalización da nueva dimensión al mensaje de Larra, y su rebeldía contra la opresión, la incultura y el subdesarrollo adquiere validez para todos los pueblos que sufren.

Su obra es una llamada permanente y angustiada en busca de la mejora del pueblo español, una llamada en la que no sólo puso su pluma —satírica y burlona a veces, pero siempre inteligente—, sino que también puso su vida, una vida que tuvo que vivir durante 27 años, 10 meses y 20 días de manera romántica en una España afligida por la injusticia y el atraso total. Una llamada comprometida que le causó un gran conflicto interior. Este conflicto interior, este dolor por España, abrió la puerta a los dolores de Ganivet y de Ortega y Gasset, quienes también se suicidaron (el segundo con el silencio), y de Valle-Inclán y Unamuno, pero que estaba ya en el alma de Quevedo y de Goya, otros grandes desarraigados como Larra.

Esto hace que la obra de Larra tenga un interés especial en nuestro tiempo y que sea muy aceptable la visión de Larra como un pensador moderno, e incluso posmoderno, que utilizó el periodismo como el mejor medio para hacer llegar sus ideas al mayor número de personas.

Asombra la calidad e intensidad de su obra a tan temprana edad, y es bien cierto lo que él mismo escribió en uno de sus artículos más comprometidos, «Dios nos asista»: «Bien ha habido hombres que han discurrido antes de los treinta años, pero éstos son fenómenos portentosos, raros ejemplos de no vista precocidad».

Pretendo con esta biografía completa dar a conocer la vida y la obra de Mariano José de Larra a los lectores del siglo XXI, con la intención de que los lectores de hoy frecuenten más sus escritos y se le comprenda mejor. A lo largo del libro vamos a ir caminando con Larra, desde la cuna hasta el suicidio, por los vericuetos de la vida de aquella España de la gran crisis bélica, época difícil de nuestra historia que se extiende desde la guerra de la Independencia hasta la mayoría de edad de Isabel II. Caminamos con ese niño solitario, con ese adolescente ávido de todo y con ese joven extraordinariamente maduro, reflexivo e inteligente, gran generador de

PRÓLOGO

ideas progresistas, que se va dando cuenta, poco a poco, de que camina solo y hacia ninguna parte.

Los datos que se presentan en esta biografía son en su mayoría conocidos por los estudiosos del escritor, aunque algunos han sido contrastados con nuevos estudios e incorporados al texto. Algún manuscrito se publica por primera vez.

Mis opiniones sobre la vida y la obra de Mariano José de Larra están llenas de cariño, respeto y admiración por nuestro personaje, que es el protagonista de este libro en el que, con mucho gusto, hemos incluido, Paloma Barrios Gullón y yo, ilustraciones de manuscritos y objetos personales suyos para hacer más interesante y emotiva la lectura.

Entro en su obra con admiración y en su vida con respeto, y desde el orgullo y la emoción por llevar su misma sangre, te ofrezco, querido lector, esta biografía en homenaje a mi querido joven antepasado. Espero que sea un incentivo para que todo tipo de lectores pueda adentrarse sin obstáculos, pero sí con interés, en la peripecia del primer tercio de nuestro siglo XIX y en la obra de Mariano José de Larra. ¡Merece la pena!

JESÚS MIRANDA DE LARRA Y DE ONÍS

Los primeros años en la España de la gran crisis bélica

«¿Cuándo veremos una sociedad sin bayonetas?
¡No se puede vivir sin instrumentos de muerte!
Esto no hace, por cierto, el elogio de la sociedad
ni del hombre».

«Un reo de muerte»

Nació Mariano José de Larra y Sánchez de Castro en aquel Madrid y en aquella España en guerra contra el invasor, esa guerra nacional y popular en defensa de la monarquía y de la religión que, paradójicamente, no supieron defender ni los reyes, ni la nobleza, ni la alta jerarquía eclesiástica. Nació en una España pobre e inculta que nunca le gustó, pero que era la suya, y que pretendió cambiar porque le dolía verla en el estado de atraso e injusticia en que se hallaba:

... y cuánto tenemos por fin que agradecer al cielo, que por tan raro y desusado camino nos guía á nuestro bien y eterno descanso, el cual deseo para todos los habitantes de este incultísimo país de las Batuecas, en que tuvimos la dicha de nacer, donde tenemos la gloria de vivir, y en el cual tendremos la paciencia de morir. Á Dios, Andrés.

(«Carta a Andrés escrita desde las Batuecas por el Pobrecito Hablador», *El Pobrecito Hablador*, N° 3°)

Madrid era en ese año de su nacimiento, 1809, la metrópoli pobre de un imperio en el que aún no se ponía el sol. La población, que no alcanzaba los doscientos mil habitantes, vivía en su mayor parte en casas insalubres, y deambulaba por calles apenas urbanizadas que recibían las basuras arrojadas desde las ventanas al grito de «¡agua va!», que sólo cada tres o cuatro días eran retiradas. Un canalillo en el centro de las calles recogía de mala manera los líquidos putrefactos y las escasas aguas de lluvia. La necesidad, la enfermedad y la guerrilla popular frente a la ocupación napoleónica hacían que, para Madrid especialmente, pero también para el resto del país, los tiempos no fueran felices. Entre 1811 y 1812 el hambre causó la muerte de más de veinte mil madrileños (¡más del 10 por ciento de la población!), cuyos cadáveres eran recogidos en las calles por carros que los conducían, apilados, hasta las fosas comunes.

Se salvaban de esa situación miserable —a la que habían conducido a Madrid la desidia de Carlos IV y la guerra— las mismas zonas que hoy día, ya en el siglo XXI, siguen siendo las más hermosas e importantes: el Paseo del Prado, los Jerónimos, el sitio del Buen Retiro, la Puerta de Alcalá, la Plaza Mayor, la Puerta del Sol y la zona del Palacio Real con el templo de San Francisco el Grande, es decir, el Madrid de Carlos III. Su amigo y compañero de pluma Mesonero Romanos, seis años mayor que Larra, lo describió muy acertadamente para la posteridad:

Encerrado Madrid desde principios del siglo XVII en un antiguo recinto —cuyos límites no ha llegado a traspasar hasta la última veintena— conteniendo a la sazón una población que no excedía de 160.000 habitantes —casi la tercera parte de la que hoy sustenta— hallaba ocupado entonces su perímetro en su parte principal por unos setenta conventos (aun después de los cinco o seis derribados por los franceses), que no sólo llenaban, por lo general, sendas manzanas, sino que poseían además las contiguas, que estaban reducidas a la más raquítica condición como propiedades explotables, en casas mezquinas, ruinosas o descuidadas; del mismo abandono participaba además el resto del caserío, por lo regular afecto a capellanías, mayorazgos o mostrencos (ignorados), o sea a *manos muertas*, como entonces se decía, y cuyo aspecto repugnante y ruinoso denunciaba la fecha de un par de centurias.

Formaba dicho caserío, con mil irregularidades de alineación, calles estrechas, tortuosas y desniveladas, asombradas por las paredes

de los conventos y sus extendidos huertos, sin empedrado muchas de ellas, y las demás cubiertas de una capa movediza de agudos y desiguales guijarros y algunas losas estrechas y resquebrajadas a guisa de ace-
ras. Obstruidas dichas calles por los puntales y escombros de las fincas ruinosas, y por la preparación de los materiales para las obras; por las basuras que en medio de ellas colocaban los vecinos, para que *dos veces por semana* fuesen recogidas alternativamente por los barrenderos; rebosando los pozos inmundos por encima de las losas, y ensuciadas las esquinas y los quicios de las puertas por causa del desaseo general y de la falta de recipientes; estas calles, así dispuestas, estaban interceptadas además a todas horas por multitud de perros, cabras, corderos, cerdos, pavos y gallinas, que los vecinos de los pisos bajos sacaban a pastar a la vía pública; por las recuas de asnos retozones que acarreaban el yeso y la cal para las obras; por las caballerías que, cargadas de inmensos serones llenos de pan o de reses muertas pendientes de garfios, servían para distribuir a las tiendas estos alimentos, sobre los cuales descansaban los inmundos pies del jinete conductor; por los mozos de cuerda cargados de los muebles de las mudanzas de las casas, y con los mismos muebles entrando en ellas por los balcones, porque no permitía otra cosa lo estrecho, empinado y oscuro de las escaleras, y por las bandadas de muchachos baldíos que jugaban al toro o se apedreaban. Esto durante el día, que por la noche estaban alumbradas nominalmente por menguados farolillos colocados a largos trechos, y que por su escasa luz sólo servían para hacer perceptibles las tinieblas, y amenizadas además con la limpieza de los pozos, que, a falta de alcantarillas o cloacas, tenía que hacerse a mano y con ayuda de los carros a que dio nombre el general Sabatini. Tal era el aspecto material de la heroica villa, y tales las condiciones a que la relegaba su menguada policía urbana, y que hoy buscaríamos inútilmente semejantes aun recorriendo las incultas poblaciones de la vecina costa de Berbería.

(Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón*, fragmento del apartado II del capítulo X)

El nivel de educación del pueblo era pésimo, y no mucho mejor el de las clases acomodadas, salvándose únicamente las clases más pudientes:

Tengo un sobrino, y vamos adelante, que esto nada tiene de particular. Este tal sobrino es un mancebo que ha recibido una edu-

cación de las más escogidas que en este nuestro siglo se suelen dar: es decir esto que sabe leer, aunque no en todos los libros, y escribir, si bien no cosas dignas de ser leídas; contar no es cosa mayor, porque descuida el cuento de sus cuentas en sus acreedores, que mejor que él se las saben llevar; baila como discípulo de V...; canta lo que basta para hacerse de rogar y no estar nunca en voz; monta á caballo como un centauro, y da gozo ver con qué soltura y desembarazo atropella por esas calles de Madrid á sus amigos y conocidos; de ciencias y artes ignora lo suficiente para poder hablar de todo con maestría. En materia de bella literatura y de teatro no se hable, porque está abonado, y si no entiende la comedia, para eso la paga, y aun la suele silbar; de este modo da á entender que ha visto cosas mejores en otros países, porque ha viajado por el extranjero, á fuer de bien criado. Habla su poco de francés y de italiano siempre que había de hablar español, y español no lo habla, sino lo maltrata: á eso dice que la lengua española es la suya, y puede hacer con ella lo que más le viniere en voluntad. Por supuesto que no cree en Dios, porque quiere pasar por hombre de luces; pero en cambio cree en chalanes y en mozas, en amigos y en rufianes. Se me olvidaba. No hablemos de su pundonor, porque éste es tal, que por la menor bagatela, sobre si lo miraron, si no lo miraron, pone una estocada en el corazón de su mejor amigo con la más singular gracia y desenvoltura que en esgrimador alguno se ha conocido.

(«Costumbre. Empeños y desempeños», *El Pobrecito Hablador*, N° 4º)

Llegó Larra un 24 de marzo a esa España a la que tanto amó y tanto le desesperó en uno de sus momentos históricos más difíciles y complicados. El periodo 1808-1843 es conocido como el de la gran crisis bélica y se extiende desde la guerra de la Independencia hasta la mayoría de edad de Isabel II. El enfrentamiento entre Francia e Inglaterra por el liderazgo mundial, la pérdida del imperio colonial español, la revolución de la burguesía y el Romanticismo, son los hitos más relevantes de esta época.

Los padres de Larra, Mariano Antonio José de Larra y Langelot y María de los Dolores Sánchez de Castro y Delgado, vivían en la residencia para empleados de la Real Casa de la Moneda, sita en la cuesta de Ramón de la calle de Segovia, vivienda del padre de aquél, Antonio Crispín de Larra y Morán de Navia, administrador

de la mencionada institución, en la que había comenzado a trabajar en 1768. De aquella Real Casa, antes utilizada como hospital de San Lázaro, hoy no queda nada. Estaba constituida por dos zonas, una destinada a los talleres de acuñación y otra, situada enfrente, para residencia de los empleados. Estaba rodeada de huertas, mesones y posadas, como la del Maragato y la de la Cruz. Bajando hacia el río Manzanares, existía la Puerta de Segovia, que fue derribada en 1852, y la Casa del Pastor, donde murió el arquitecto y escultor Churriguera. Tampoco queda rastro de ella. La zona está ahora bellamente urbanizada y el arroyo de Pozacho no existe más. Una placa en un edificio de la calle de Segovia, esquina con la de Pretel de los Consejos, rememora su nacimiento.

Nació a las ocho y media de la mañana con poco dolor de su madre, que dio a luz casi sin sentirlo. No lloró el niño, «lo que han mirado como buen agüero todos los que creen en brujas», como dice en su primera biografía su tío Eugenio, su querido tío Eugenio (véanse fotografías números 1 y 2 del cuadernillo de imágenes):

Don Mariano José de Larra nació en Madrid, en la Real Casa de Moneda y habitación de su abuelo paterno Dⁿ. Ant^o Crispín de Larra, Fiel Administrador que era de la misma, el día 26 de Marzo de 1809, á las ocho y media de la mañana casi sin dolor de su madre que le dio á luz casi sin sentirlo; y el recién nacido tampoco lloró al nacer, lo que han mirado como buen agüero todos los que creen en brujas.

Al año y medio empezó á aprender á leer y á los tres años ya leía perfectamente.

Pasó á Francia con sus padres en el año 1813 y á los cinco años hablaba y escribía en Francés correctamente, lo mismo que en Español.

A los nueve años empezó á estudiar la gramática latina y á los once el griego.

A los 12 años tradujo la Iliada de Homero, a los 18 compuso una oda en alabanza de los artistas Españoles más distinguidos, y la dedicó, por ser la primera producción literaria que daba á luz, á sus padres, Dⁿ. Mariano de Larra y D^a. María de los Dolores Sánchez de Castro.

A los 19 años empezó á publicar un periódico muy erudito y mordaz, satirizando las costumbres madrileñas, con el título de Duende Satírico, que suspendió al año y medio de su publicación,

porque algunas personas de valimiento que se creían satirizadas en él, interpusieron su influjo con el Gobierno para que mandase suspender su publicación, y lo lograron.

A los 20 años se casó con D^a Josefa Wetoret, señorita madrileña muy bonita, hija de muy buena familia y de la misma edad del nobio.

A los 21 años fue uno de los A.A. de la Corona Fúnebre en compañía de Martínez de la Rosa, el célebre Quintana, D. Eugenio Tapia, Vega y demás poetas Españoles de bien merecida fama; y el Excmo Sor Duque de Frías, que se encargó de la redacción de esta obra, y de su publicación, puso en primer lugar la composición y nombre de Dⁿ. Mariano José de Larra, y en seguida de D. Francisco Martínez de la Rosa y demás Sres Colaboradores.

A los 22 años empezó á publicar por cuadernos otro periódico intitulado El Pobrecito Hablador, en el que se ridiculizan las costumbres malas, y se habla con una libertad sin límites, hasta del abuso que hace de su autoridad el mismo Gobierno.

A los 24 años empezó á redactar La Revista Española, y ha sido el redactor principal de ella hasta que ha emprendido su viaje á Lisboa, Londres, Bruselas y demás Cortes de la Europa.

Desde que cumplió los 20 años ha logrado tan buena acogida del público como literato y poeta, que en todas las festividades en que ha querido el Ayuntamiento de Madrid repartir al público en los Teatros y otras distintas partes, décimas, sonetos, octavas reales y otros versos de circunstancias, á invitado á Larra á su composición, á cuya confianza ha correspondido muy satisfactoriamente.

Pero lo que le ha dado más celebridad como satírico han sido los artículos que con el nombre de Fígaro ha insertado en La Revista Española.

Ha compuesto dos piezas originales Españolas, que son: el No más mostrador y el Macías, y también una novela histórica intitulada El Doncel de Dn Enrique el Doliente.

Ha traducido muchas piecitas dramáticas de Scribe, Victor Hugo, Ducange y otros autores dramáticos Franceses.

El arte de conspirar, acomodado á nuestro teatro y particulares circunstancias, es más bien original suyo conforme lo ha publicado que traducción de Scribe, pues cualquiera que guste en tomarse el trabajo de cotejar la traducción con el original verá lo poco que hay de éste, pues apenas se conservan algunos pensamientos, sobresaliendo infinitas agudezas y aun ideas que no han ocurrido al autor.

Se está ocupando de terminar un Diccionario de sinónimos de la lengua Castellana, que hará olvidar los nombres de Huerta y Cienfuegos, que tanto han sobresalido hasta ahora en esta especie de trabajo.

No tiene más que 26 años, y según su aplicación al estudio y buena elección de libros y amigos es de esperar que se distinga en la literatura de un modo que inmortalice su nombre. (1ª)

El carácter moral de este joben consiste en ser excesivamente generoso, desprendido de todo interés, ambicioso de gloria, muy amante de su patria, cariñoso con sus padres, buen amigo, bastante enamorado, algo orgulloso, noble en sus maneras y porte, aficionado á la alta sociedad, y muy estudioso.

Su padre ha sido Médico de Cámara del Serenísimo Sr Infante de España Dn Francisco de Paula Antonio, socio de varias sociedades literarias de Francia y condecorado por el Rey de Francia Luis XVIII con la Orden del Lis de Francia.

Por parte de su visabuela paterna descende de una familia ilustre y goza de un pibilegio de nobleza concedido al padre de esta Sra, que fue Secretario de Felipe V y se llamaba Dⁿ. Ant^o Morán de Navia Sainz de Mazán, y resulta del árbol genealógico de la familia ser tatarabuelo, por línea materna paterna, del padre del poeta Dⁿ. Mariano José de Larra, que por ser oriundo de Vizcaya también disfruta de nobleza para la línea paterna paterna.

Por parte de madre es de una familia también ilustre, y un tío carnal de su madre fue Superintendente de la referida R. Casa de Moneda, llamado Dⁿ Manuel Laso de la Vega, del Consejo de S. M. y otro, brigadier de los Reales Ejércitos y Director del Real Colegio de Artillería de Barcelona, llamado Dⁿ. Lorenzo Laso de la Vega, oficial General del Ejército Español.

También su abuela paterna descendía de una familia portuguesa muy ilustre que es la casa de los Bastos, cuyo apellido llevaba.

Mas como los pibilegios de nobleza van caducando, ni el poeta ni su familia hacen mucho caso de ellos y estiman en más un adarme de sabiduría y de virtud que 300 quintales de egecutorias; cosa verdaderamente insignificante para quien sabe apreciar el mérito adquirido y mirar en nada el heredado.

(1ª) Nota. Muchas producciones literarias ha dado á luz Larra con su nombre y apellido anagramizado, poniendo Ramón Arriala por Mariano Larra. Tiene las mismas cuatro á,a,a,a, tres r,r,r, una i, una l,

una m y una n; entre todas doce letras iguales, en ambos nombres y apellidos.

No nació Larra el 26, como escribe su tío Eugenio, sino el 24, como especifica la partida de bautismo de la parroquia Santa María la Real de la Almudena. Fue bautizado el mismo día de su nacimiento. Visto y no visto. La proximidad de la iglesia a la Real Casa de la Moneda facilitó la premura del bautizo, pero también pudo contribuir la falta de ganas de participar en el concierto vital de los vicios de aquella corte que demostró el niño con su silencio, lo que tal vez hizo temer a sus padres por su vida. Su padrino fue Josef Sánchez de Castro, hermano de su madre.

Nació Larra en el seno de una familia de profesionales y empleados públicos que tuvo que soportar la difícil situación del país. En sus cartas personales conocidas, la mayoría destinadas a sus padres, no cuenta nada sobre ellos ni sobre sus antepasados, pero es interesante conocer la genealogía del escritor (véanse los Apéndices y la fotografía número 3 del cuadernillo de imágenes):

En la iglesia parroquial de Santa María la Real de la Almudena de esta corte á veinte y cuatro días del mes de marzo de mil ochocientos y nueve: Yo, Dⁿ Manuel Josef Gutiérrez, teniente mayor de cura, bauticé solemnemente un niño que nació en veinte y cuatro de dicho mes de marzo, cuesta de Ramón á la calle de Segovia, al que puse por nombre Mariano Josef, hijo de Dⁿ Mariano de Larra natural de Madrid y de D^a María de los Dolores Sánchez de Castro, natural de Villanueva de la Serena, obispado de Badajoz, casados en la parroquia de San Andrés. Abuelos paternos, Dⁿ Antonio Crispín de Larra, natural de Lisboa, en el Reyno de Portugal, y D^a Eulalia Langelot, natural de Odivelas, cerca de Lisboa, en el Reyno de Portugal. Maternos, Dⁿ Francisco Sánchez de Castro, natural de dicha Villanueva de Serena, y D^a Inés Delgado de Torres, natural de este pueblo. Fue su padrino Dⁿ Josef Sánchez de Castro, tío carnal materno, a quien advertí el parentesco espiritual y demás obligaciones y lo firmé.

Dⁿ Manuel Josef Gutiérrez.

El primer Larra conocido, José Xavier de Larra y Churriguera, bisabuelo de Mariano José y natural de Salamanca (donde fue bautizado en 1706), pertenecía a la notable familia de arquitectos. Casó con Gerónima Morán de Navia, hija de Antonio Morán de

Navia Sainz de Mazán, de origen vizcaíno, que fue secretario de Felipe V. La bisabuela paterna de Larra, Gerónima, era natural de Madrid. Del matrimonio nació Antonio Crispín, administrador de la Real Casa de la Moneda, y posiblemente sea también hijo del matrimonio, Benito Xavier de Larra, nombrado médico de la Real Fábrica de Cristales de la Granja de San Ildefonso en 1795, y ascendido a médico primero en 1815. Gerónima murió en la Costanilla de los Caños del Peral el 23 de agosto de 1772, según consta en el libro número 16, folio 376, de la iglesia parroquial de San Ginés de Madrid.

El abuelo Crispín —el «Antonio» quedó en la partida de bautismo— casó el 4 de septiembre de 1771 con Eulalia Langelot Bastos, quien también perdió parte de su nombre completo en el uso familiar, ya que consta en el libro de matrimonios número 15, folio 297, de la iglesia de San Ginés de Madrid, como Eulalia Joaquina de la Concepción.

Crispín nació en Lisboa el 25 de octubre de 1734 y fue bautizado en la «freguesía do Nossa Senhora dos Anjos» el 6 de diciembre de ese mismo año, según consta en el libro VI de bautismos de esa parroquia. Eulalia nació en Odivelas, junto a Lisboa, el 12 de febrero de 1756, y el día 25 fue bautizada en la parroquia del Santísimo Nombre de Jesús, perteneciente al arzobispado de Lisboa. Se trasladó a Madrid el 18 de septiembre de 1770. Era hija de José Langelot, natural de Barcelona pero establecido en Lisboa desde hacía algunos años, donde casó con María Teresa Bastos da Silva antes de trasladarse a Madrid, donde fue tirador de oro en la Real Casa de la Moneda. María Teresa y su madre, Francisca, fueron bautizadas en la misma iglesia de Odivelas en la que fue bautizada Eulalia, por lo que muy probablemente también eran naturales de esa población. José y María Teresa tuvieron otros dos hijos, además de Eulalia, llamados Joaquín José y Gertrudis.

Manuel y Lorenzo Laso de la Vega aparecen en la biografía del tío Eugenio como tíos carnales de la madre de Larra, aunque ni se llamaban Sánchez de Castro como su abuelo materno, Francisco, ni Delgado de Torres como su abuela materna, Inés. Serían tíos segundos o terceros, destacados en la biografía por su indudable relevancia. La familia Sánchez de Castro era oriunda de Badajoz, y en Villanueva de la Serena nacieron el abuelo y la madre de Larra. La abuela Inés también nació en la misma localidad extremeña, pero el origen de la familia Delgado era portugués.

El padre, Mariano Antonio José de Larra y Langelot, nació en Madrid el 8 de diciembre de 1773 y fue bautizado en la iglesia de San Andrés. Casó en segundas nupcias con María de los Dolores Sánchez de Castro y Delgado, y tuvieron solamente a Mariano José como descendiente. Con su primera esposa tuvo siete hijas y un hijo, todos fallecidos a edades tempranas. Estudió la carrera de Medicina en Madrid, Valencia y Zaragoza, y en 1799 obtuvo plaza en los Reales Hospitales General y de la Pasión de Madrid. Amplió conocimientos en Francia, donde vivió —ya casado en segundas nupcias con la madre de Larra— entre 1806 y finales de 1807, o, tal vez, principios de 1808. Fue trasladado al Hospital Militar de Madrid a requerimiento del mando francés, y el 25 de abril de 1811, a petición suya (fecha en el mes de marzo), fue nombrado médico del Ejército Imperial de la región centro.

Trabajó en Francia, primero en los hospitales militares de Burdeos y de Estrasburgo, y después en París, desde 1813 hasta 1818, al tener que exiliarse con su familia tras la derrota de Napoleón en España. El exilio adquirió la condición de perpetuo por Decreto de 30 de mayo de 1814. El día 1 de septiembre de 1813 se incorporó como médico al Hospital Militar de Burdeos. Residió con su esposa y con Mariano José y trabajó durante siete meses en esta ciudad, y en marzo de 1814 se trasladó a París con la familia, al número 5 de la calle d'Anjou-Thionville, posteriormente denominada Nesle. En 1815 fue destinado cuatro meses al Hospital Militar de Estrasburgo, hasta el 20 de agosto, en que tuvo lugar su licenciamiento y el fin de su relación con el ejército francés¹.

Fue médico del infante don Francisco de Paula, hermano del rey Fernando VII, entre el verano de 1817 —cuando fue reclamado para atender al infante durante su viaje por Europa— y finales de 1821 o principios de 1822. A mediados de mayo de 1818 la familia Larra regresó a Madrid en el séquito del infante, acogiéndose a una medida especial de gracia concedida por el rey Fernando debido a su relación profesional con su hermano el infante.

Tradujo en 1803 el *Tratado de Medicina. Enlace que tiene la vida con la respiración*, de Goodwin, y en 1819 el *Tratado de los Venenos*, de su amigo el doctor Mateo Orfila, menorquín residente en Fran-

¹ Aristide Rumeau, «Le premier séjour de Mariano José de Larra en France (1813-1818)», *Bulletin Hispanique* 64 bis, 1962, pp. 600-612.

cia que llegó a adquirir la condición de ciudadano francés, lo que seguramente hubiera hecho nuestro doctor de no haber sido reclamado por el infante. Falleció el 30 de diciembre de 1840 en Navalcarnero, donde fue médico titular desde agosto de 1834, tras haber desempeñado ese mismo puesto en Corella, Cáceres, Aranda de Duero y Torrejón de Ardoz.

Tuvo muchos hermanos: Gerónimo, María Teresa, María del Carmen, José León, Ignacio, Antonio Natalio, Antonio Cesáreo, Gertrudis, Eugenio, el querido tío Eugenio, e Isabel, la menor de los hermanos, que casó con un hijo del pintor Mengs. Fue el mayor de todos, pues Gerónimo, el primogénito, murió siendo niño. También fallecieron a temprana edad sus hermanos menores José León e Ignacio. Antonio Cesáreo nació el 25 de febrero de 1789 y falleció en junio de 1808 luchando contra las tropas del ejército invasor en la batalla de Cabezón. Tal vez muriera el día 12, el mismo día en que tuvo lugar la batalla.

La relación del padre de Larra con Francia y el ejército francés, y la muerte de Antonio Cesáreo combatiendo al invasor, enturbiaron las relaciones familiares.

Los Larra eran una familia patriota y, como tal, apoyaban la lucha contra el invasor francés, pero el padre de Mariano José, el doctor Larra, sabía, por propia experiencia, de las ventajas y adelantos que gozaba Francia con relación a España y, como era culto y progresista, un médico ilustre, pertenecía al grupo de intelectuales que veía la parte positiva del cambio de Carlos IV, o Fernando VII, por José Bonaparte, que de rey de las Dos Sicilias pasó a ser rey de España con el título de Majestad Católica y Emperador de las Indias. Nos dice Louis Guimbaud en el prólogo a las *Memorias del general Hugo*:

José Bonaparte en realidad no era un mal hombre. A falta de mérito personal, poseía y acariciaba un pequeño cúmulo de nobles ilusiones. Con un ligero barniz de ideología y sin haberse desprendido, como su glorioso hermano, de los principios del siglo XVIII, soñaba, en plena contienda europea, con un universo donde reinara la paz².

² Louis Guimbaud, *Memorias del general Hugo*, Renacimiento, Sevilla, 2007, p. 34.

Desde el motín de Aranjuez contra Godoy, que obligó a Carlos IV a abdicar en su hijo Fernando VII, el pueblo no estaba conforme con el gobierno absolutista del país y menos cuando comprobó la intención de Napoleón de poner en el trono a su hermano José tras las abdicaciones forzadas de Fernando VII y de Carlos IV en Bayona, y cuando el pueblo advirtió la salida de palacio de los infantes camino de Francia, estalló de ira contra el invasor. El mariscal Murat había entrado el 20 de marzo en Madrid al frente del ejército francés basado en el tratado de Fontainebleau de 1807 que autorizaba a Napoleón a entrar en España, si bien en ciertas circunstancias y para determinados fines. Los fusilamientos de la madrugada del 3 de mayo de 1808, que genialmente inmortalizó Goya, pretendieron castigar al pueblo por los levantamientos del día anterior, pero éste encontró un mayor motivo para su lucha, pues nunca le gustaron las imposiciones extranjeras y, además, querían «su» rey y «su» religión. Así se inició la guerra de la Independencia que inició el proceso de cambio del Antiguo Régimen al régimen liberal. Llevaría su tiempo, pues sólo se pudo ver la luz del final del absolutismo tras la derrota de los carlistas. Larra fue muy consciente de la necesidad del cambio y el escritor que más lo apoyó con su crítica satírica llena de inteligencia e ironía, aunque no llegó a ver ni siquiera la luz al final del túnel.

Aquellos patriotas madrileños fusilados en la montaña del Príncipe Pío, en el lugar donde hoy se encuentra el reloj de la estación del Norte, fueron dejados sobre el terreno para escarnio público, hasta que los enterraron en la fosa común que hoy se conserva en el diminuto y recoleto cementerio del Dos de Mayo, junto a la Escuela Madrileña de Cerámica de la Moncloa, que custodia y conserva la Sociedad Filantrópica de Milicianos Nacionales Veteranos.

El desastre del absolutismo impuesto por Fernando VII desde su regreso en marzo de 1814 fortaleció las razones de los afrancesados, quienes sólo veían un cambio de familias de origen francés y consideraban que la invasión napoleónica era una manera —no la mejor, desde luego, pero quizá la única en aquel momento histórico— de que España se incorporase al grupo de países más avanzados de Europa, que Francia lideraba. Sufrió la familia Larra, y sufrió España, los efectos de la restauración del monarca: ¡el deseado!

Las desavenencias familiares causadas por la muerte en batalla del tío de Larra, Antonio Cesáreo, y el afrancesamiento del

Dr. Larra hicieron que el padre de ambos, Crispín, dando prioridad al corazón sobre la cabeza, y no atendiendo a los ruegos de su esposa, cerrara las puertas de su casa a su hijo cuando solicitó la plaza de médico de los ejércitos franceses en 1811. Éste abandonó la casa paterna inmediatamente y, poco después, cuando encontró acomodo para la esposa y el hijo, Mariano José, se los llevó con él. Fue dolorosa esa separación. Su abuelo Crispín falleció en abril de 1815, y la marcha del nieto, primero de la casa y luego del país, tuvo mucho que ver con su muerte. Debió de ser terrible para el niño alejarse de sus abuelos, dado el cariño y el trato especial que le dispensaban. Pudo seguir viéndolos, pues le visitaban dos días a la semana en el colegio ubicado cerca de la calle del Arenal, quizá en la calle de la Flora, donde sus padres le dejaron en calidad de pupilo (interno, según decimos hoy). ¿El colegio de San Ildefonso? Así lo indica la primera biografía anónima que se publicó tras la muerte del escritor en la revista literaria y artística *Cervantes y Velázquez*. La biografía apareció en 1839, pero contiene numerosas inexactitudes. Allí estuvo el pequeño Larra casi dos cursos, desde finales de 1811, con poco más de 2 años y medio, hasta la salida de España hacia Burdeos a finales de mayo de 1813, cumplidos ya los 4 años.

Su tío Eugenio, «tío Eugenio», nació el 12 de diciembre de 1793 y fue bautizado el día siguiente en la iglesia de San Andrés de Madrid, siendo su madrina la condesa de Teba. Mantuvo con Larra una especial relación, más de amigo que de tío, pues era sólo quince años mayor que él. Vivió en la calle de la Lechuga, junto a la Plaza Mayor de Madrid, con Micaela, su primera esposa. Ya cumplidos los 65 años tuvo dos hijos con Josefa Cerezo, su segunda esposa, llamados Ángel y Josefa. Ángel, primo hermano de Larra, nació el 13 de abril de 1858 y fue un ilustre doctor, académico y médico militar. Dos calles de Madrid llevan su nombre: Doctor Larra y Cerezo, y Ángel Larra, duplicidad que se explica al anexionarse Canillas a Madrid, pero que da idea del reconocimiento y la fama del doctor Larra y Cerezo.

El niño Larra se crió encerrado entre los muros de la residencia de sus abuelos y los de la escuelita donde estuvo interno antes de partir para el exilio con sus padres. Parece ser, y no es de extrañar dada la manifiesta precocidad de su vida, que su inteligencia y su interés por conocerlo todo se manifestaron desde muy temprana edad y que, con gran admiración de la familia y de las amis-

tades que solían ir de visita a casa de sus abuelos, participaba en las reuniones con preguntas y comentarios atinados. ¿Con menos de 3 años leía y multiplicaba? Sin duda la destacada inteligencia del niño hizo posible tal precocidad, pero también jugaron a favor las especiales circunstancias bélicas y de inseguridad del momento, que propiciaron la dedicación de la abuela a su educación en el domicilio, al ser muy arriesgado circular por Madrid. Demasiado prematuro. Más tarde él mismo escribió a sus padres:

Cuiden ustedes mucho de mis hijos, en la inteligencia de que no deseo que sean fenómenos. Se me figura que todo desarrollo prematuro de la parte moral del hombre no puede hacerse sino á costa de la parte física y, sobre todo, me contento con que mi hijo sea hombre grande; no necesito que sea un gran niño ni pienso enseñarle por dinero. Llénenlos ustedes de besos.

(Carta de Larra a sus padres desde París, de 24 de septiembre de 1835. Véase página 202)

La lectura y el ajedrez fueron sus entretenimientos de niñez e incluso de juventud, no tuvo amigos estables ni juegos, y puede decirse que fue un niño sin niñez. Las circunstancias de su vida le permitieron disfrutar de numerosas lecturas. Escribió en la citada carta:

«Es preciso acostumbrarse a considerar la vida como una partida de ajedrez: ni los hombres tienen más valor que los muñecos de palo, ni una desgracia es más que una mala jugada».

Su abuela le enseñó y educó durante los dos primeros años, de manera especial, puesto que era mujer de gran cultura y sensibilidad, bagajes de los que su madre nunca hizo gala. Hay que considerar que en aquel tiempo el nivel cultural de Portugal aventajaba significativamente al español.

En la escuela, a sus 3 años, también destacó por su aplicación y seriedad. Es imaginable la tristeza de los atardeceres en la escuela sin las atenciones y caricias de sus padres y abuelos. La soledad en el inhóspito Madrid comenzó a transformarle en un niño introvertido, reflexivo e inseguro. Luego llegarían el escepticismo y la misantropía, y más tarde la desilusión y la desesperanza.

II

El exilio, el regreso y los estudios en España

«Deje, pues, esta masa la loca pretensión de ir a la par con quien tantas ventajas le lleva; empiécese por el principio: educación, instrucción».

«El casarse pronto y mal»

El oficial Joseph Léopold Sigisbert Hugo fue llamado por el rey José Bonaparte a Madrid en julio de 1808, dado que ya le conocía por haber estado a sus órdenes en Italia, donde había cosechado una excelente reputación. Le confió el ejército real extranjero, compuesto por tropas de muy diversa procedencia. En agosto de 1809 le nombró mariscal de campo, con rango de general de brigada, y el 27 de septiembre de ese mismo año recibió el nombramiento de «subinspector de todos los cuerpos formados o por formar».

La prosperidad del general hizo que su esposa y sus tres hijos —entre los cuales estaba el que sería famoso escritor y uno de los padres del Romanticismo francés, con su «Préface» del *Cromwell*, Victor Hugo— vinieran el 15 de marzo de 1811 desde París a reunirse con él, al que habían abandonado en 1803 al conocer sus relaciones con la señorita Catherine Thomas. Ésta era hija del administrador del Hospital Militar de Portoferraio, en la isla de Elba, donde estaba destinado por esas fechas Sigisbert Hugo. Les esperaba el palacio Masserano, gracias a la voluntad real, que no veía con agrado las relaciones escandalosas de su general. Pero éste prefirió seguir disfrutando de la vida disipada con su compañera,

la señorita Catherine, con quien vivía en Madrid; además, solicitó el divorcio y le arrebató los niños a la madre, aprovechando la ausencia del rey. A su regreso de París, en junio, José Bonaparte nombró gobernador de Madrid al general e intentó la reconciliación de la familia, pero Sigisbert no la aceptó; se instaló con Catherine en un magnífico chalé de la carrera de San Jerónimo y envió al mayor de sus hijos a una institución militar y a los dos pequeños, Eugene y Victor, al colegio de los nobles.

A principios de marzo de 1812, un convoy de fugitivos salió para Francia por mandato real, ante la amenaza de Wellington, que ya estaba operando desde Portugal. En él viajaron Sophie con sus dos hijos menores, a los que había recuperado.

Tras la derrota en la batalla de los Arapiles en julio de 1812, la posibilidad de permanencia del rey José Bonaparte en España se vio muy mermada. A comienzos de agosto de ese año, el rey y su ejército del centro se replegaron a Valencia, donde permanecieron hasta noviembre. El doctor Larra se movilizó con el ejército. En la primavera de 1813 se evacuó Madrid. A través de tierras segovianas el ejército francés, bajo el mando del general Hugo, comenzó la retirada con más de trescientos carros en los que viajaba el Gobierno y las familias de los «afrancesados», unas doce mil en total. Se concluía la retirada de los ejércitos franceses, tras la primera, que tuvo lugar en 1812, cuando Wellington se acercó a Madrid por primera vez, y en la que había salido de España Victor Hugo niño.

Larra niño viajó al exilio con sus padres en la segunda y definitiva retirada. El viaje fue difícil, incómodo y no exento de riesgos extraordinarios para un niño con 4 años recién cumplidos. La primera acampada tuvo lugar entre Galapagar y Guadarrama, pasando posteriormente por Segovia y Cuéllar, donde el general Treillard, con su división de Dragones, esperaba para reforzar la protección del convoy. Tudela y Valladolid fueron otras ciudades de la ruta. El convoy atravesó el río Ebro a mediados de junio y bordeó la ciudad de Burgos, camino del norte, el 14 de ese mes. La derrota definitiva del ejército invasor en Vitoria, pocos días más tarde, permitió recuperar el botín de obras de arte y riquezas usurpado por los franceses. Es imaginable la alegría del doctor Larra, y de todos los exiliados, por este hecho que posibilitó la permanencia en suelo español de los tesoros de cientos de iglesias, conventos, museos y residencias privadas.

El rey abandonó Vitoria el 21 de junio y el convoy llegó a Francia por el puerto de Velate, a través de Elizondo y Urdax. Otro grupo pasó por Roncesvalles con parte del ejército, que se había escindido estratégicamente para escapar con mayor facilidad al tener la retaguardia protegida por las últimas tropas que quedaron en Pamplona.

Los niños Larra y Hugo, éste siete años mayor, no pudieron coincidir en el viaje al exilio, pues el francés ya había salido de España en marzo del año anterior con su madre y hermano.

Burdeos era la meta. Llegó el convoy a esta bella ciudad del sur de Francia en ese verano de 1813. ¡El número 13, fatídico para Larra! Ese número maldito que perseguirá a nuestro escritor hasta el final con más saña que su temido 24, día que le vio nacer: «El número 24 me es fatal: si tuviera que probarlo diría que en ese día nací». («La Nochebuena de 1836»).

Quedó interno el niño en un colegio de la ciudad francesa. ¡Qué tremendo! Solo, en un mundo nuevo y diferente, desde la lengua hasta las costumbres. ¡Solo y con 4 años! Meses de angustia e incompreensión. Meses de dudas y de lágrimas en la almohada. Debió de ser muy duro para él quedarse interno. Le habían quitado a sus abuelos y a sus compañeros de la escuela madrileña, y le quitaron su idioma también. ¡Qué injusto! Con tan sólo 4 años se lo quitaron todo en medio de una sucia guerra que había dividido a su familia. Su carácter introvertido y reflexivo y, de manera especial, su orgullo hicieron que no saliese la más mínima queja de sus labios.

Pronto se adaptó a la nueva situación, como niño que era, y pudo sobreponerse a la pena de la lejanía de la familia, pero la herida quedó en el fondo de su alma. Poco a poco se fue integrando en su nuevo mundo. Hoy día, la vida es un calco para los habitantes de cualquier gran ciudad del mundo desarrollado y la normalización de la oferta hace que la forma de vida sea muy parecida. Incluso en los tiempos de Larra, en los que no existían ni la luz eléctrica, ni el teléfono, ni la radio, ni el ferrocarril siquiera, pasaba algo similar, aunque parezca mentira:

Hay más puntos de contacto entre una reunión de *buen tono* de Madrid y otra de Londres ó de París, que entre un habitante de un cuarto principal de la calle del Príncipe y otro de un cuarto bajo de Avapiés, sin embargo de ser éstos dos españoles y madrileños.

(«El álbum»)

Para el pequeño Larra, por el contrario, las diferencias debieron de ser muy grandes, pero se fue adaptando a la nueva situación y, a sus 4 años, intuyó que era un mundo mejor que el que dejaba atrás, más grande y organizado, más serio y estructurado, más tranquilo y profundo, más ilustrado, en definitiva, a pesar de la guerra. La lengua francesa la aprendió en poco tiempo, el poco que necesitaba para realizar cualquier empresa, a decir de tío Eugenio.

Las cartas de sus padres y sus visitas, cada día más espaciadas, fueron su único nexo con el castellano, por lo que comenzó a olvidar su lengua materna. ¿Para qué le servía el castellano en el internado de Burdeos tan lejos de aquel Madrid que se iba difuminando con el paso de los días, al que sólo le unía el cariño por sus abuelos y por su tío Eugenio? Hay que suponer que el colegio de Burdeos era mucho más grande y con mayores posibilidades que la escuelita de Madrid. Desde alguna de sus ventanas veía los extensos viñedos de la campiña próxima y la magnificencia del gran río Garona. ¡Qué diferencia con el querido, pero siempre insignificante Manzanares! No tardaron tanto sus padres en llevarlo a París, siete meses, una vez que el doctor encontró un nuevo destino en el ejército francés. Temió que la proximidad de Burdeos con España facilitara algún tipo de represalia contra los afrancesados en el exilio.

Es fácil suponer que al pequeño le impresionó la Ciudad de la Luz con sus grandes avenidas pavimentadas y su espléndida arquitectura. Con casi 5 años, poco más que impresiones podía tener de la diferencia entre Madrid y París, aunque eran bien notables. No puede decirse que Larra se educara en Francia, pues regresó del exilio familiar con 9 años recién cumplidos. Madrid había mejorado como urbe con José Bonaparte, pero aún no se había producido la gran mejora realizada por el marqués de Pontejos en los años 1834-1836, y las diferencias con París eran abismales. Apreciaría el pequeño Larra que París era más grande, más bella y estaba mejor organizada, pero también se daría cuenta de que carecía de ese cielo azul de Madrid que era su único privilegio.

La familia Larra se estableció en el número 5 de la calle d'Anjou-Thionville en el barrio de Saint-Germain, como ya se dijo. Hoy día, la calle se denomina Nesle y comunica las calles Dauphine y Nevers. Se trataba de una casa grande cuyo nombre, Le Petit Hôtel de Navarre, se debía a la proximidad con el Hôtel de Navarre.

Y otra vez quedó solo, sin sus breves amigos del colegio de Burdeos. Otra vez en un nuevo internado luchando para adaptarse a lo desconocido, y lo desconocido asusta e intimida. Sus padres viajaron frecuentemente por Europa por motivos profesionales del cada vez más famoso doctor Larra, condecorado en Francia y Bélgica. Mientras, el niño esperaba viendo pasar el tiempo con nostalgia. Cuatro largos años transcurrieron en el internado de París. Supo de la muerte de su abuelo Crispín acaecida el 6 de abril de 1815. Murió de pena por la ruptura de la familia y por la ausencia del nieto. Así, sin más «que las penas y las pasiones han llenado más cementerios que los médicos y los necios» (Larra, *Los amantes de Teruel*. Drama en cinco actos, en prosa y verso, por don Juan Ignacio (*sic*) de Hartzenbusch).

Llegó el día de volver a Madrid. Sucedió en mayo de 1818. La familia Larra pudo regresar a España antes de que pudieran hacerlo otros afrancesados, por el hecho de que el doctor Larra era el médico del infante don Francisco de Paula. El hermano del rey cayó enfermo en París en el verano de 1817, durante un largo viaje por Europa, y fue el famoso y reputado doctor quien le atendió y viajó en el séquito durante el periplo europeo que se extendió por Francia, Bélgica, Holanda, Alemania y Austria, hasta mayo de 1818. Una vez en Madrid siguió siendo el médico del infante hasta finales de 1821 o, tal vez, hasta principios de 1822.

Llegó a Madrid el pequeño Larra con 9 años recién cumplidos, con pobres recuerdos del castellano y con el francés como su primera lengua: «... el francés fue mi primera lengua...» (carta a Delgado de 20 de agosto de 1835. Véase página 193).

El castellano que supo hasta los 4 años y 3 meses (tiempo en que permaneció en Madrid antes del exilio) debió de serle de limitada utilidad, y por eso reconoció el francés como primera lengua en el exilio francés.

Tío Eugenio le ayudó en la reinserción en la vida madrileña, a pesar de que, de nuevo, entró como interno en el enorme case-rón del Real Colegio de Escuelas Pías de San Antonio Abad de la calle de Hortaleza. Su abuela, que tanto le quiso y le ayudó en sus primeros años, no podría ya ayudarle.

Entró Larra en el Real Colegio como seminarista interno y allí discurrió gran parte de sus días en esta nueva etapa de su vida. Su

maestro, don Antonio Tinoco de Jesús y María, le llamaba su discípulo amado. Hay en Madrid un colegio de educación básica en la calle Longares y un instituto de educación secundaria, en la calle Camarena, que llevan el nombre de Mariano José de Larra; el último está próximo al colegio de Nuestra Señora de las Escuelas Pías.

El reencuentro con el castellano fue fácil y el progreso rápido en Gramática Castellana y Latina, Retórica, Principios de Poesía Latina y Castellana, Ritos Romanos, Histología, Aritmética, Álgebra y Principios de Geometría, y todo sin dejar de practicar «los ejercicios de piedad y devoción, que con arreglo a nuestros estatutos se practican en estas Escuelas», según consta en el certificado de estudios de 3 de agosto de 1822 (véase fotografía número 4 del cuadernillo de imágenes). También se certifica que su conducta «ha sido constantemente buena durante su residencia en dicho Seminario».

Los jueves y domingos eran los días de salida y se reunía con sus padres y la familia. Mantenía el gusto por el juego del ajedrez y lo hacía frecuentemente con el hijo del conde de Robles. Desde pequeño se arrimó Larra a la aristocracia porque, en ese tiempo, era sinónimo de refinamiento y cultura, lo que apreciaba como señal de educación y progreso, al igual que en la Edad Media lo fueron los conventos y monasterios. No fue una aproximación a las clases poderosas, pues Larra, como después explicitará en su prólogo a la traducción de *El dogma de los hombres libres*, de M. F. Lamennais, cree en la «igualdad completa ante la ley, é igualdad que abra la puerta á los cargos públicos para los hombres todos, según su idoneidad, y sin necesidad de otra aristocracia que la del talento, la virtud y el mérito; y libertad absoluta del pensamiento escrito». Además, para él «Casi siempre el talento es todo» («Las circunstancias») y «La inteligencia ha sido siempre la reina del mundo» (crítica del *Antony* de Dumas).

Tradujo del francés la *Iliada* y fragmentos de *El mentor de la juventud* y preparó un *Compendio de gramática castellana*. No está nada mal para su edad, aunque sólo fueran tareas colegiales.

En el mismo Real Colegio de Escuelas Pías estudió un futuro compañero de pluma con el que tuvo Larra mucha relación y algún disgusto, Manuel Bretón de los Herreros, aunque no coincidió con él por ser éste trece años mayor. También Ramón de Mesonero Romanos pasó por las aulas de tan señera institución. No tuvo Larra relación alguna con el colegio San Mateo, abierto en 1821, durante el trienio liberal, por Lista, Hermosilla y Calleja, y cerra-

do en 1825 por la opresión y oscurantismo de «la década ominosa». Éste era el colegio de la clase aristocrática y acomodada de la capital, de tendencia liberal, y donde «las matemáticas eran la base de toda educación literaria»³.

En el verano de 1822, con 13 años recién cumplidos, dejó el Real Colegio para ir a vivir con sus padres al pueblo navarro de Corella, donde su padre iniciaba su labor como médico titular, una vez finalizado su compromiso con el infante don Francisco de Paula unos meses antes. Allí pasó casi un año aplicado a ampliar los conocimientos con la ayuda de su padre y de su buena biblioteca. Atrás quedó Madrid, con su ebullición política en busca de libertades. Tal vez hablaron padre e hijo de la orientación de los estudios hacia la medicina o las leyes, a la vista de las asignaturas cursadas posteriormente en Madrid y en la Universidad de Valladolid. No hay evidencia de que llegara a estudiar en la Universidad de Valencia.

No fue un año perdido para el jovencito Larra, ni mucho menos, el que pasó en el pueblo navarro, conociendo su afición por el estudio. Durante toda su vida las circunstancias le permitieron acceder y disfrutar de multitud de lecturas. En Corella, sobre todo, colmó su necesidad de cariño y convivencia familiar. Hacía muchos años que no vivía con sus padres.

Su madre le prodigaría los cuidados que hasta entonces no le había dado, siempre dentro de los límites de la personalidad de la madre y de la capacidad del hijo para aceptarlos, pues ni ella fue una mujer demasiado maternal, ni él un muchacho con una experiencia vital propicia para abrir fácilmente su corazón a los sentimientos externos.

El teniente coronel del ejército Rafael de Riego, con mando en Asturias, y el coronel Antonio Quiroga habían dirigido un pronunciamiento el 1 de enero de 1820, restableciéndose la Constitución de 1812, por la que se volvía a implantar la cogestión entre la monarquía y el Parlamento, y se determinaban medidas que limitaban el absolutismo real. En marzo, el rey tuvo que jurar la Constitución que había despreciado a su regreso al trono el 22 del mismo mes de 1814, dos días antes de que cumpliera el exiliado

³ María del Carmen Simón Palmer, *La enseñanza privada seglar en España (1820-1868)*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1972.

Larra 5 años. Entre los liberales, los *moderados* asumieron el poder y pretendieron un cambio pactado con la corona, pero los exaltados querían la ruptura con el Antiguo Régimen y limitar los poderes absolutos. Así se empezaron a perfilar los partidos políticos en España. Ya se había iniciado la división de los liberales en septiembre de 1820 con la pretendida disolución del ejército de Riego y con la destitución de éste en septiembre de 1821 de la Capitanía General de Aragón, lo que también provocó enfrentamientos entre los simpatizantes del general y las fuerzas del orden, la Milicia Nacional.

La Milicia Nacional era una guardia cívica creada por el nuevo régimen que aplastó en julio de 1822 la sublevación de cuatro batallones de la Guardia Real propiciada por los realistas para iniciar un verdadero golpe de Estado.

En la reunión de Verona de la Santa Alianza se decidió intervenir militarmente en una de sus naciones aliadas, España, para apoyar a la corona y al Ejército de la Fe, promovido por los absolutistas, ante «la situación caótica» provocada por el pronunciamiento. Los Cien Mil Hijos de San Luis, 35.000 eran españoles voluntarios, al mando del duque de Angulema, don Luis Antonio de Borbón, entraron en Madrid el 6 de abril de 1823 sin oposición, ya que el régimen era muy impopular al haberse impuesto los exaltados a los moderados. También la Iglesia había influido mucho en el medio rural con la intención de defender sus privilegios. Riego fue vilmente ejecutado el 7 de noviembre en la plaza de la Cebada, lugar donde se solían realizar las ejecuciones. Unos 45.000 soldados franceses quedaron en España, hasta 1828, como ejército de ocupación. En dos circunstancias que se pueden asemejar (los dos breves periodos republicanos que vivió nuestra patria en el siglo XIX y en el XX), «la situación caótica» propició la toma del poder por los menos liberales.

Larra siempre mantuvo una posición contraria a la pena de muerte, por lo que le disgustaría la muerte de Riego. Escribió sobre la pena de muerte en varias ocasiones:

Este hábito de la pena de muerte, reglamentada y judicialmente llevada á cabo en los pueblos modernos con un abuso inexplicable...

(«Un reo de muerte»)

Y culpó a la sociedad:

Y la sociedad: Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuando tú y tus semejantes la conquistéis; cuando yo sea la verdadera sociedad y entre en mi composición el elemento popular; llámanme ahora sociedad y cuerpo, pero soy un cuerpo truncado: ¿No ves que me falta el pueblo? ¿No ves que ando sobre él, en vez de andar con él?

(«Los barateros»)

Con el fin del trienio liberal se restauró «la felicidad verdadera» («Ventajas de las cosas a medio hacer»), como escribió años más tarde con fina ironía, y volvió a estar vigente la Inquisición a través de las Juntas de Fe, se cerraron periódicos y se «restableció» la censura, que, realmente, nunca había desaparecido; se persiguió con más saña a los liberales, que tuvieron que exiliarse o perecer, como Mariana Pineda en 1831, se cerró la universidad y se abrió, pan y circo, la Escuela de Tauromaquia; se creó la superintendencia general de la policía del reino el 13 de enero de 1824 con clara orientación represiva, y el Informe de la Ley Agraria de Jovellanos se incluyó en el tristemente famoso *Índice*. Todo un periodo negro de la historia de España llamado, ni más ni menos, «la década ominosa» con Tadeo Calomarde como ministro de Gracia y Justicia desde 1824 hasta 1833.

Se restablecieron los mayorazgos y los señoríos, se devolvieron bienes expropiados a la Iglesia, a la que se le concedió el cobro de diezmos y una subvención de 10 millones de reales de vellón, y los obispos más extremistas regresaron en perjuicio de los más liberales.

Los tiempos han cambiado extraordinariamente; dos emigraciones numerosas han enseñado á todo el mundo el camino de París y Londres. Como quien hace lo más hace lo menos, ya el viajar por el interior es una pura bagatela, y hemos dado en el extremo opuesto; en el día se mira con asombro al que no ha estado en París; es un punto menos que ridículo. ¿Quién será él, se dice, cuando no ha estado en ninguna parte? y efectivamente, por poco liberal que uno sea, ó está uno en la emigración, ó de vuelta de ella, ó disponiéndose para otra; el liberal es el símbolo del movimiento perpetuo,

es el mar con su eterno flujo y reflujo. Yo no sé cómo se lo componen los absolutistas; pero para ellos no se han establecido las Diligencias: ellos esperan siempre á pie firme la vuelta de su Mesías.

(«La diligencia»)

El doctor Larra renunció a su puesto de médico en Corella y, como hiciera en 1811, ofreció sus servicios al nuevo sistema. En diez años, desde la marcha de Bonaparte, no se había producido mejora alguna y esperaba que la nueva situación fuera beneficiosa esta vez. Se equivocó, y la vuelta a las posiciones de 1808 no sólo no supuso progreso para el país, sino que lo sumió en una situación terrible. El doctor Larra ocupó la plaza de médico en Cáceres y el hijo se quedó en Madrid estudiando en el Colegio Imperial de la calle de Toledo que había recuperado la Compañía de Jesús recientemente. Estudió primer año de Matemáticas. También, en la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, estudió Economía Política, siguiendo el texto de Juan Bautista Say. Es de suponer que la presencia de sus tíos, especialmente la de su tío Eugenio, le fuera de utilidad al joven Larra durante esta etapa madrileña.

El secretario de estudios del Colegio Imperial de la Compañía de Jesús certificó:

D. Mariano Larra, natural de Madrid, se matriculó y asistió con puntualidad y aprovechamiento á la cátedra de Matemáticas de primer año de este Colegio, estándola desempeñando D. Miguel Dolz.

Y que ganó el curso que empezó en 18 de octubre de mil ochocientos veinte y tres y concluyó en fin de junio de mil ochocientos veinte y cuatro, según todo consta de los libros de matrículas...

Madrid 3 de julio de mil ochocientos veinte y cuatro.

Lo firma el Secretario con el Vº Bº del Rector D. Francisco Javier Bouzas.

El certificado de estudios de la Real Sociedad Económica está firmado por el catedrático don José Antonio Ponzóa y Cebrián, con el visto bueno del «presidente de clase más antiguo», don Antonio Sandalio de Arias:

D. Mariano de Larra, natural de Madrid, provincia de Castilla La Nueva, se alistó en tiempo oportuno para estudiar el curso de

Economía Política en la Real Cátedra de mi cargo, que principió en dos de noviembre del año próximo pasado y terminó en quince de junio del presente. Ha asistido con puntualidad á las lecciones y ha estudiado con aprovechamiento el tratado completo de Economía por la obra de Juan Bautista Say...

Madrid á cinco de julio de mil ochocientos veinte y cuatro.

Sus padres le enviaron medios para su subsistencia en la capital desde el otoño de 1823 al de 1824, en que fue a estudiar a la Universidad de Valladolid, aprovechando que su padre había sido destinado a Aranda de Duero. Con diligencias circulando a velocidad de herradura era imposible que viviera con sus padres y atendiera las clases en Valladolid, por lo que se puede deducir que se estableció en la ciudad castellana, quién sabe dónde, para asistir, como consta en los certificados de estudios, a las asignaturas de Griego, Botánica, Aritmética, Álgebra, Geometría y Filosofía.

Se conservan tres certificados de la Real Universidad de Valladolid de fecha 20 de mayo de 1825, uno de las cátedras de Griego y Botánica, otro de la de Matemáticas perteneciente al primer año de Filosofía, y el último de la cátedra de primer año de Filosofía. En el primero se certifica que don Mariano de Larra «ha asistido á ellas desde que dieron respectivamente principio con exactitud y aprovechamiento en clase de oyente hasta el día 20 de mayo de 1825».

El segundo certificado dice así:

D. Mariano de Larra, cursante de ella, natural de Madrid, diócesis de Toledo, ha asistido á ella en clase de discípulo con exactitud, aplicación y aprovechamiento desde principios del curso del año 1824 en 1825 hasta el día 20 de mayo de éste, estudiando en ella Matemáticas puras, á saber Aritmética, Álgebra y Geometría.

En el tercero se certifica lo mismo que en el anterior, pero para el estudio de Dialéctica y Ontología. Los tres llevan el visto bueno del rector, el doctor Macho, y del profesor correspondiente.

Durante las vacaciones fue a visitar a sus padres y pasó el verano de 1825 con ellos en Aranda. Ya había cumplido los 16 años. Conoció a una mujer, mayor que él, pero joven y hermosa y sintió el amor por primera vez. Ya había sentido algo parecido otras veces, pero esta vez era diferente. Sus 16 años, el verano y la manera es-

pecial de mirarle aquella mujer hicieron que el joven Larra quedara prendado de la joven. Pasó un tiempo embelesado, sin saber qué hacer ni cómo reaccionar a la presión de sus instintos juveniles. Pensaría en escribirle un poema arrebatado que le mostrase su amor, pero no encontró ni las palabras ni el momento. Esperó con ansiedad para verla cada día y poder deleitarse con esa mirada curiosa y risueña, como de amistad cómplice.

También el doctor Larra se había percatado de la hermosura de la joven musa ¡hasta el punto de hacerla su amante! El mundo entero se hundió a los pies del joven Larra, y su amor platónico, silencioso, se tornó en desilusión y rabia. ¡Su propio padre! Aunque fuese platónico ese amor, lo creyó suyo. Comprendió el porqué de esas miradas tan especiales: eran para el hijo de su amante, sólo eso y nada más. Su orgullo, el desmedido orgullo apareció con toda su fuerza por primera vez y le hizo sufrir y sentir vergüenza como nunca la había sentido. Pudo ser un día 13 cuando lo supo, su número fatídico. El odio hacia el padre —el rival sin competencia— del principio se fue transformando, más tarde, cuando pudo reflexionar sobre los hechos, en distanciamiento respetuoso de hijo que se ha convertido en hombre. El padre no tuvo ninguna culpa, y sí la vida con su terrible realidad. Todo había sido una ilusión, pero las ilusiones se transforman en desilusiones con facilidad asombrosa. Y tras reflexionarlo, todo quedó en eso, en una desilusión, el final de una fantasía erótico-amorosa donde sólo podía haber un perdedor: el joven Larra y su orgullo, que tanto le traicionó.

Tal vez fue esta la primera vez que reconoció que su orgullo era más fuerte que él, la primera vez que se dio cuenta de que podía llegar a condicionar fuertemente su pensamiento y sus decisiones. En la escuela, en los internados, se comportó de manera ejemplar, aunque le hubiera gustado protestar de mil maneras ante la adversidad de las circunstancias que le deparaba la vida, y si no lo hizo fue porque no hubiera soportado de buen grado el dominio implacable de los profesores, la humillación de tener que reconocer públicamente su impotencia ante ellos y las circunstancias.

Regresó a Valladolid para aprobar el curso de Filosofía que quedó pendiente en junio y marchó a Madrid. El curso constaba de Lógica, Metafísica y Matemáticas, como puede constatarse en un cuarto certificado de la Universidad de Valladolid con fecha de 27 de noviembre de 1825, con sello, en el que don Pedro Alcántara:

Escrivano de S. M. Ve. Secretario del Claustro de esta Real Universidad de Valladolid.

Certifico, doi fee y verdadero testimonio que Dⁿ. Mariano de Larra, natural de Madrid, Diócesis de Toledo, habiendose matriculado en este general estudio tiene probado un curso que es el de Log.ca y Metaf.ca y Matem.cas y le ganó de mil ochocientos veinte y cuatro en mil ochocientos veinte y cinco...

La decisión de ir a Madrid, de comenzar a independizarse de sus padres, la pudo tomar en esos días. Aún no tenía claro qué iba a ser de su vida, pero permanecer en la casa paterna le resultó incómodo. Por otra parte, no estaba acostumbrado, pues siempre había estado en internados y lejos de la compañía de los padres. Había vivido solo y no le asustó, más bien le apeteció, continuar la vida de manera más libre e independiente, tal como le exigía su carácter rebelde, contenido por las circunstancias. Toda la sumisión de los primeros años se reveló interesada, imprescindible para la subsistencia, y afloró en él la obsesión por la libertad, la necesidad de mostrar su rebeldía y su insatisfacción con la vida. Quizá fue entonces cuando nació en él la vocación de escritor. Quizá fue entonces, también, o tal vez algo más tarde, ya en Madrid, cuando decidió que España tenía que saber que lo que se estaba haciendo estaba mal y que la gente, como él mismo, necesitaba más libertad y más educación. Necesitó decir todo lo que en su cabeza daba vueltas y más vueltas y comenzaba ya a atormentarle. Su orgullo empezaba a no estar conforme con pertenecer a un país al que amaba, pero donde reinaba el atraso y la injusticia. No le agradaba ser parte de un pueblo pobre y sojuzgado. Se sentía capaz de escribir notas para algún periódico o alguna revista de Madrid, teniendo en cuenta que, a pesar de que el 80 por ciento de los poco más de doscientos mil habitantes eran analfabetos, se publicaban cerca de veinte periódicos! en la capital.

Fue, pues, a Madrid y estudió Física Experimental y Lengua Griega en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús durante el curso 1825-1826, y terminó sus estudios cumplidos los 17 años.

Se conservan dos certificados de estudios del Colegio Imperial de la Compañía de Jesús (véase fotografía número 5 del cuadernillo de imágenes) en los que se certifica, con fecha de 19 de junio y 1 de julio, que Larra aprobó los cursos iniciados el día 18 de octubre de 1825 de Lengua Griega «con arreglo al nuevo plan de

LARRA

estudios» y de Física Experimental «en segundos exámenes», respectivamente. Ambos certificados están rubricados por el secretario Luis de Segura, con el visto bueno del rector Josef Gallardo.

No tuvo Larra tiempo ni oportunidad de estudiar en la Universidad de Valencia, como se ha citado en ocasiones.